

Bauser prometió enviar un telegrama á un tío suyo de Pensilvania, á quien le había dejado instrucciones para que le situara el dinero violentamente, quedando citados para el día siguiente, y entre tanto Weiner acreditaría á Dupont la identidad de Bauser, con la copia del fallo y el inventario que recibió.

LA POLICIA VIGILABA.

Todos estos pasos los siguió muy de cerca el Sr. Inspector General de Policía, quien de acuerdo con el Sr. Secretario Don Celso E. Acosta, dió instrucciones al Jefe de la Policía Reservada, acerca del plan que debía seguirse, para lograr la aprehensión. Cuando al día siguiente se encontraban reunidos en la alameda, los estafadores y su víctima, fueron aprehendidos en el momento que se cambiaban el cheque por el dinero, habiendo sido ocupados todos los documentos y demás comprobantes del cuerpo del delito.

Grande fué la sorpresa que recibieron todos al verse sorprendidos por la policía, pero mayor fué el asombro del Sr. Bauser cuando, mientras se examinaba á los culpables, el Sr. Secretario de la Inspección General le relató á éste punto por punto todos los detalles de la estafa de que iba á ser víctima.

Hasta ahora esta clase de estafas eran muy frecuentes en España y Cuba, siendo ésta la primera vez que en México se pretende cometerla, con tan poca fortuna, que pronto cayeron los autores en poder de la justicia, lo que les hará comprender que si ellos son listos, más aún lo es la policía para atraparlos.

Directorio Profesional

Lic. Joaquín D. Casasús.	Altos Banco Central.—San Agustín.
Lic. Jesús M. Aguilar.	2 ^a Santo Domingo 7.
Lic. José R. Azpe.	Apartado 1216.—Av. S. Francisco No. 1.
Lic. Fernando Solís Cámara.	2 ^a Damas 4.
Lic. Manuel Cervantes Rendón.	2 ^a San Juan de Letrán 29.
Lic. C. Guati Rojo.	Cordobanes 2.
Lic. Fernando Noriega.	San Agustín 1.
Lic. Bernardino Seoane.	Av. San Francisco 1.

Lic. Raúl F. Azpe.	Capuchinas 9.
Lic. Julio López Masse.	Donceles 20.
Lic. Rodolfo Reyes.	San José el Real 16.
Lic. Fidencio Hernández.	Ortega 28.
Lic. Starr Hunt. I. L.	Av. San Francisco 1.
Lic. Manuel Altamira.	Notario. Av. San Francisco 1.
Lic. Mauricio Chirinos.	1 ^a Damas 5.
Lic. Germán Landgrave.	Lerdo 2.
Lic. Luis Alvarado.	Ortega 28.
Lic. Rosendo Pineda.	Av. Cinco de Mayo 19.
Lic. Luis G. Valdés.	4 ^a Arcos de Belén 17.
Lic. Juan J. Orozco.	Capuchinas 10.
Lic. Antonio Rincón Alas.	Av. San Francisco 1.

—Entonces.....no es menos cierto que ayer tarde tenía 350.000 francos, y que no los encuentro hoy.

Todos callaban: solo un empleado de edad, sin participar de la consternación general, exclamó:

—Vamos, no perdais así la cabeza, tal vez el jefe haya dispuesto de esos fondos.

El infeliz cajero se incorporó, asióse á esta idea con desesperada energía y exclamó.

—Sí, en efecto, decis bien; debe haber sido él.

Después reflexionó un momento y con profundo desaliento añadió:

—No, no es posible. En cinco años que hace que soy cajero de Mr. Fauvel no ha abierto un solo día la caja sin estar yo presente: dos ó tres veces que ha necesitado fondos, en mi ausencia, ha esperado ó me ha enviado á buscar.

—Sin embargo,—exclamó Cavillon,—antes de desesperarse es preciso avisarle á él.

Pero Mr. Fauvel estaba ya avisado; un mozo de las oficinas había subido á darle cuenta de lo que pasaba, y cuando Cavillon proponía que se le buscara, se presentó.

Mr. Andrés Fauvel era hombre de cincuenta años, sobre poco más ó menos, de mediana estatura, cabello gris, robusto y ligeramente encorvado como todos los que han pasado su vida en escritorio.

Ni una sola de sus acciones había desmentido jamás la expresión bondadosa de su rostro. Su expresión era franca, su mirada serena, sus labios rojos y gruesos. Nacido en las cerca-

nías de Aix, de vez en cuando se le notaba acento provenzal, que daba más gracia á su conversación ingeniosa,

La noticia del mozo le había impresionado, porque él, naturalmente sonrosado, se presentó muy pálido.

—¿Es cierto lo que acaban de decirme?—preguntó á sus empleados que se apartaron respetuosamente.—¿Que es lo que pasa?

Las preguntas de Mr. Fauvel inspiraron al cajero esa energía ficticia, recurso de las grandes crisis, y adelantándose hacia su jefe dijo:

—Debiendo devolver hoy temprano la suma de que teneis noticia, envié ayer tarde á buscar al Banco trescientos cincuenta mil francos.

—¿Y por qué ayer, caballero? Me parece que cien veces os he dicho que no enviárais hasta el mismo día en que debiérais hacer un pago.

—Es verdad, señor, he hecho mal; pero ya no tiene remedio. Ayer por la tarde dejé en caja esos fondos; hoy han desaparecido y la caja no ha sido forzada.

—¡Estais loco!—dijo Mr. Fauvel—Creo que soñais.

Estas palabras destruían toda esperanza de que el banquero hubiera dispuesto de los fondos, el horror mismo de su situación daba á Próspero no la sangre fría hija de la reflexión, sino esa indiferencia estúpida que suele seguir á las grandes catástrofes.

Así, pues, sin emoción aparente, exclamó:

—No soy loco, por desgracia, ni sueño; digo la verdad,